

CLUB DEL MISTERIO

BRETT HALLIDAY



**LLANTO POR
UNA RUBIA**

29

El caso más reciente de Michael Shayne, el recio detective que nuestros lectores recordarán de *Antes de despertar*. Esta vez Mike conoce (a él siempre le pasan estas cosas) a una rubia atómica. Lo que no se imaginó fue que la rubia tuviera un marido superceloso. Y que, a los pocos días de conocerse, la rubia apareciera estropeada por unos balazos... y que a él le tocara encontrarla. A partir de entonces, por las soleadas playas de Miami se desarrolla la triple, enconada persecución. La policía detrás de Mike. Y éste detrás del asesino. Sólo cuando tocó a su fin esa carrera enloquecida pudo Mike verter su demorado llanto por una rubia.

Orden de aparición *de los personajes*

LYDIA KANE, ésta, justamente, es la rubia.

RICHARD KANE, su malhumorado esposo.

MICHAEL SHAYNE, nuestro héroe, terror del hampa.

LUCY HAMILTON, su bella y paciente secretaria.

PAT, un cantinero que quiere y admira a Mike.

TIMOTHY ROURKE, periodista y confidente de Mike.

PETER PAINTER, el astuto representante de la ley.

MAX SENTOR, otro detective (este caso requiere varios).

LA SEÑORA POOLE, una buena mujer aunque algo dada a la bebida.

1

La salita de la planta alta tenía una amplia ventana hacia el oeste, desde la que se abarcaba una vista magnífica del Océano Atlántico. Construida directamente sobre el borde de un acantilado que daba sobre la playa, había una pendiente escarpada de unos sesenta pies desde la ventana del piso alto hasta la blanca arena que se extendía abajo. Comenzaba el crepúsculo y desde la ventana, hacia el oeste, sólo se veía una extensión infinita y vacía, el oleaje gris e incesante del océano extendiéndose hasta el confín del horizonte brumoso.

Era el período de la marea media y las suaves olas que llegaban desde el Océano Atlántico hasta la playa de Miami rompían sobre la playa de suave pendiente a cien pies de la base del acantilado, extendiéndose lentamente sobre la blanca arena, para enroscarse después y retroceder hasta encontrar la siguiente oleada de agua salada.

Lydia Kane estaba de pie frente a la ventana, de espaldas a la habitación, contemplando la inmensidad gris del océano, suavemente ondulado. De altura algo más que mediana, tenía una figura muy esbelta y en su postura, parada allí mirando más allá del horizonte, había algo así como una trágica pasividad. Esto era evidente en los huesudos hombros caídos que dejaba al descubierto su traje de noche, en la quietud sumisa de su postura, la cabeza inclinada sobre el cuello demasiado delgado, extrañamente estirado y tenso, que mostraba a cada lado, como desta-

cándose débilmente en silueta, los músculos de los tendones.

En el contorno de su figura había algo de interrogatorio, de espera; un sentimiento de suspensión en el espacio y en el tiempo.

A su izquierda podía verse, desde la ventana, una escalera de empinados peldaños de madera por la que se descendía hasta la playa privada y había sido construida junto a la pared de piedra que marcaba el límite norte de la propiedad de los Kane y doscientos pies a su derecha había otra elevada pared de rocas coralíferas que llegaba hasta el borde del acantilado, confinando la propiedad por el sud.

Este era su dominio. Una franja de playa de doscientos pies, limitada por altas paredes de coral gastado por los temporales, que se extendían trescientas yardas hacia el este, desde la calle pavimentada hasta el borde del escarpado acantilado.

Mientras estaba allí parada llegó hasta ella el ruido del motor de un auto y un temblor recorrió el cuerpo tenso de Lydia. Se dio vuelta para observar a través de una de las tres ventanas que miraban hacia el sud y su semblante se contrajo al ver el coche de su esposo que daba vuelta por entre los altos postes del portón, siguiendo hacia arriba por el camino sinuoso hasta desaparecer de su vista cuando giró en círculo para colocarse debajo de la *porte-cochère* de la entrada principal.

Los rasgos de Lydia Kane, que tendría unos treinta y cinco años de edad, evidenciaban que hace unos años había sido una mujer de hermosura incomparable. La estructura ósea era buena, con una nariz clásica y el mentón perfectamente definido, mejillas suaves y frente ancha por sobre los ojos azules que llamaban la atención por su resplandor y su redondez y tenía cejas espesas y oscuras, que contrastaban con el oro brillante de su cabello peinado en suaves bucles en lo alto de su cabeza.

Ahora era evidentemente una mujer que había sido hermosa y que continuaba luchando por retener su belleza física en una batalla espiritual que tenía perdida. Era evidente que lo que la había privado de su belleza juvenil emanaba más de adentro de su ser que de una regresión exterior. Por alguna razón había una falta de vitalidad, un sentimiento de derrota interior, un abandono en la determinación de ser hermosa. El azul claro de sus ojos se hallaba ensombrecido por algo muy cercano al miedo y en su rostro se reflejó una indecisión expectante y tensa al oír el coche de Richard Kane que se detuvo debajo de la ventana, el golpe de la puerta del auto que se cerró con estrépito y los pasos sólidos sobre la grava que dieron la vuelta alrededor del coche para subir después los cuatro escalones de piedra que conducían a la entrada principal.

Lydia respiró profundamente y entrelazó sus delgados dedos apretándolos con fuerza. Enderezó los hombros y desapareció ese algo de espera interrogativa que había en ella. Se apartó de la ventana, caminó por sobre la rica alfombra oriental hasta la puerta y siguió hasta lo alto de la escalera que conducía la planta baja. Se detuvo allí un momento, vacilante, desenlazando los dedos y contrajo los músculos de la mandíbula cuando oyó que la puerta principal se abría y que su esposo entraba en el *living*.

Bajó las escaleras arrastrando levemente la punta de los dedos sobre la balaustrada de caoba y reajustó los músculos faciales en una sonrisa que intentaba ser de bienvenida.

Llegó al pie de la escalera y empezó a atravesar el amplio *hall* que se extendía a lo largo de la casa cuando la figura corpulenta de su esposo apareció en la arcada que daba a la habitación del frente, suavemente iluminada.

Richard Kane era sólo dos pulgadas más alto que su esposa, pero tenía una complexión sólida y robusta, lo que le daba apariencia de ser de un tamaño mucho mayor que el corriente. Tenía cabeza de toro, con el cuello ape-

nas visible y el pelo negro y tupido, cortado al rape como el de un recluta, le daba un aspecto belicoso. Los ojos lucían pestañas espesas y la cara cuadrada con mandíbula prominente acentuaba la impresión inicial.

Diez años atrás, cuando Lydia se casó con él, lo había mirado como si resumiera las más altas cualidades de masculinidad viril. Aun en ese entonces tenía una barba tan espesa que se veía obligado a afeitarse por la noche si deseaba estar presentable al aparecer en público y su voz ronca y profunda tenía las cualidades de dominación ancestral a las que la algo etérea Lydia había respondido con sumisión dulce y temblorosa.

Pero eso había sido hace diez años. Diez años de existencia como la señora de Richard Kane significaban ciento veinte y cuatro meses... ¡tres mil seiscientos cincuenta días!

Él se dirigió hacia ella y Lydia se detuvo al pie de la escalera; tenía las manos caídas a los costados y cerradas fuertemente, de modo que las uñas de los dedos se incrustaban en la tierna carne de las palmas y dijo con vivacidad, tratando que su voz sonara efusiva y alegre:

—¡Hola, Rich! Estuve arriba esperando verte llegar. ¿Preparo unos martinis mientras te cambias?

Él continuó caminando en dirección al pie de la escalera y ella se vio obligada a hacerse a un lado a último momento para eludirlo. Se dio cuenta que había estado bebiendo de nuevo cuando le oyó responder con un dejo de menosprecio brutal:

—Los martinis vendrán muy bien si, por amor de Dios, te acordaras de preparar un *vermouth* liviano.

Él apoyó el pie sobre el primer escalón y ella extendió la mano para tocarle el hombro.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, Rich? —dijo con voz débil y ansiosa.

Él se detuvo y se dio vuelta para mirarla, con los ojos entornados en los que se reflejaba una evidente animosi-

dad.

—¿Qué más quieres que te diga? Tenemos reservada una mesa para las siete ¿no es así?

Ella dijo con voz tenue:

—Estamos casados. ¿Lo recuerdas? ¿Ni siquiera puedes decir «hola» en forma decente?

Él dijo «Hola» y se volvió para subir la escalera.

Los delgados dedos de Lydia se aferraron a su brazo superior con fuerza sorprendente.

—¡Richard! ¿Cuánto tiempo crees que voy a soportar que me sigas tratando así?

Él vaciló un momento, inflexible, dándole la espalda:

—Esta es la forma que decidimos adoptar. ¿No es cierto?

—Es la forma que *tú* decidiste —respondió Lydia jadeante—. Voy a volverme loca. Encerrada aquí en esta casa como un prisionero, día tras día. ¿Qué es lo que esperas?

—Espero que te conformes con esa vida y que te guste —respondió él con brutalidad. Levantó su mano derecha para desembarazarse de la garra de los dedos de ella que le aprisionaban el brazo.

Ella dijo en voz baja:

—¿No he sufrido bastante, Rich?

Él dijo «No», siempre de espaldas a ella. Después, en tono diferente, con un dejo sádico de alegría, agregó:

—¿Sufrimiento, Lydia? Sería feliz al creerlo, pero lo dudo. ¿Realmente sabes lo que es sufrir? ¿Eres capaz de sentir esa emoción?

Los hombros de ella se hundieron.

—Eres una bestia, Richard.

—No, querida mía —se dio vuelta sobre el primer peldaño y le sonrió:

—Soy tu esposo, ¿recuerdas? Soy el hombre que prometiste amar y honrar y obedecer por el resto de tu vida... rechazando a todos los demás. ¿Recuerdas quién fue el

que destrozó nuestro matrimonio y lo arrastró por el lodo? No fui yo, Lydia. Fue tu libre elección.

—Por favor, Rich. —Ella se inclinó hacia él, extendiendo las manos implorantes, con el rostro delgado vuelto hacia arriba que, con la tenue luz que venía del *living*, parecía ojeroso, viejo y cansado—. Tú prometiste que me perdonarías. Prometiste que si seguía viviendo contigo, nunca lo mencionarías de nuevo.

—Eres tú la que persistes en mencionarlo. No recuerdo que esta noche haya dicho una sola palabra hasta que tú tocaste el asunto.

—Justamente —gritó ella con desesperación—. No dijiste una sola palabra. Me tratas como si no existiera... o como si sólo fuera una criada que vive en tu casa para tu comodidad.

—¿Crees que soy injusto?

—Pienso que eres inhumano —exclamó ella impetuosamente, mientras caía de rodillas extendiéndoles sus brazos—. ¿Por qué no te divorcias? Eso sería mucho más bondadoso.

—¿Fuiste bondadosa conmigo, Lydia?

Ella reprimió un sollozo y se apoyó sobre los talones, con la cabeza inclinada.

—Creo que me volveré loca, Richard. Loca rematada.

Él se encogió de hombros y se apartó de ella para subir las escaleras.

—¿Por que te he privado de tu amante? Para una mujer como tú comprendo que eso debe ser una pérdida muy seria. Pero hiciste un pacto conmigo, Lydia, y espero que lo cumplas. Prepara algunos martinis mientras me cambio.

Ella permaneció de rodillas y levantó la cabeza para mirarlo subir la escalera, con su cuerpo corpulento y pesado; al llegar arriba dobló a la izquierda y entró en su dormitorio, que había ocupado durante los tres últimos meses.

Ella se agarró a la baranda y consiguió ponerse de pie, dirigiéndose con paso cansado hasta la cocina sacó unos cubos de hielo y comenzó a preparar los martinis en la forma en que le gustaban a Richard.

2

Michael Shayne se sentía descansado y con ánimo expansivo. Sentado frente a su secretaria, a la hora de la cena, en una mesa pequeña y apartada, el pelirrojo se sintió súbitamente contento de haberse tomado la molestia de ponerse el *smoking* para su cita con ella.

Al mirar el rostro feliz y resplandeciente de Lucy, Shayne pensó que para un hombre era difícil comprender cuanto importaba para una mujer una cosa pequeña como aquella. Los hombres y las mujeres simplemente no piensan igual sobre esas cosas.

No era que Lucy se hubiera sorprendido o desalentado si lo hubiera visto aparecer poco antes en su departamento vistiendo el mismo traje de diario y la corbata de moñito, que había usado todo el día. Estaba acostumbrada a él y a su manera de ser, pensó con tranquilidad. Pero, por otra parte, en los ojos pardos que tenía delante suyo, del otro lado de la mesa, no habría aquel resplandor que ahora les notaba.

Era curioso, pero era un hecho. Si un hombre se molestaba en preocuparse tan sólo un poco, era la cosa más sencilla del mundo hacer inmensamente feliz a una mujer. El problema suyo, pensó Shayne algo disgustado, era que demasiado a menudo se tomaba esa pequeña molestia.

De modo que se sentía feliz de haberlo hecho aquella noche. Lucy Hamilton se veía hermosa a la suave luz de los candelabros encendidos frente suyo. Él no la apreciaba adecuadamente. Ella vestía el vestido nuevo de que le ha-

bía hablado esa tarde. Con todo cuidado le había explicado que se trataba de una de esas modernas creaciones para todo momento, que resultaba perfectamente correcta para un cocktail como para la noche. Le daba a él una oportunidad, si no deseaba vestirse para la cena, pero al mismo tiempo con sutileza le daba la seguridad de que no tendría que avergonzarse de su apariencia si se tomaba la molestia de cambiar de traje.

El nuevo vestido tenía todo aquello proclamado con entusiasmo por Lucy. El tejido era de un rojo vivo y profundo, de suave brillo. Tenía un cuello que se mantenía derecho tras la nuca, lo suficientemente abierto como para dejar ver suficiente desnudez a ambos lados, y sin embargo no demasiado escotado de modo que no resultara incorrecto con indumentaria de tarde.

Por supuesto que Shayne no analizó el corte del vestido o el efecto que producía en el aspecto de Lucy, en forma tan detallada. Simplemente se limitó a mirarla a través de los alargados vasos de cocktail que tenía delante y se dio cuenta de que estaba complacido por haber logrado causarle tanta satisfacción, por el simple hecho de haberse vestido como correspondía a la ocasión.

Su principal reacción por el momento era la de que aquello iba a dar lugar a una buena noche de camaradería. Los *sidecars*, por ejemplo, estaban soberbios.

Estaba dedicado al segundo, mientras Lucy aún se demoraba en el primero. Habían empleado un coñac verdaderamente bueno, mezclándolo con el mejor de los Cointreau importados. Y le habían puesto suficiente jugo de limón fresco como para cortar la dulzura y proporcionarle el claro gusto de tres ingredientes perfectamente equilibrados.

Mientras Shayne daba cuenta de las últimas gotas de su vaso, admitió apenado que se estaba dejando ganar por aquellas banalidades. Se preguntó si sería bueno el que mi hombre consintiera en entregarse demasiado a

aquellas cosas: el lujoso decorado y el perfecto servicio de un establecimiento como La Martinique, junto a la playa. El mantel de la mesa era de un color damasco nevado y el salón estaba iluminado por lámparas individuales en cada mesa. Cada mesa quedaba suficientemente separada de las demás de modo que los comensales pudieran hablar entre ellos con voces normales, sin temor de ser oídos por los vecinos. El servicio era discretamente perfecto, atendido sin llamar la atención por mozos vestidos de blanco, que sin embargo no descuidaban ni por unos segundos los deseos de sus clientes.

En el momento en que depositaba su vaso vacío sobre el níveo mantel, junto a él se detuvo el mozo e hizo una suave sonrisa de interrogación que en modo alguno resultaba servil. Shayne hizo un gesto en dirección a su vaso y miró a Lucy –¿Lista para el reabastecimiento, querida?

Ella sonrió alegremente e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza:

–Uno más, Michael. Luego podríamos cenar.

Él ordenó al mozo:

–En ese caso, el mío que sea doble. Y ya podría poner el *champagne* en el hielo. Levantó sus cejas rojas y embarrulladas y con abierta sonrisa preguntó a Lucy:

–¿Qué tal me estoy portando esta noche? Estas cosas te gustan, ¿eh?

Ella le sonrió, feliz, brillando aún en la profundidad de sus ojos pardos un destello de felicidad.

–No más de lo que le gustan a usted, *Mr. Shayne*. Estás ahí bebiéndotelo todo lo mismo que yo.

–La codorniz no será seguramente tan buena como un buen bife a la hamburguesa con cebollas, en el mostrador de Joe.

Lucy Hamilton rió suavemente y se echó hacia adelante, con ambos codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en las palmas de la mano.

–No me engañas ni por asomo, Michael.

Él sacó un cigarrillo de un atado que había sobre la mesa, y se inclinó hacia adelante para encenderlo en el candelabro.

–Los bifés de Joe son cosa de otro mundo –protestó. Ella dijo:

–La próxima vez que me invites a cenar, iremos allí.

–Convenido –dijo él; dio una profunda pitada y exhaló el humo con deleite—. Tú tienes algo que es verdaderamente agradable.

–¿Qué es?

El mozo llegó con un *sidecar* doble para Shayne y uno simple para Lucy. Detrás suyo venía un «botones» trayendo un carrito con un balde de hielo del que sobresalía, envuelto en una servilleta, el cuello de la botella, sobresaliente de los cubitos de hielo.

–Tú encajas perfectamente en ambos ambientes. –El pelirrojo tomó un buen sorbo de su amplio vaso—. En efecto, querida, resulta muy agradable estar contigo.

Ella dijo:

–Me alegro. –Su mirada se desplazó de él y pasando por sobre su hombro derecho se fijó a la distancia, mientras se le achicaban un tanto los ojos—. Me gustaría poder decir lo mismo de ti.

–¿Qué?

–Que resulte ser muy agradable estar contigo. –Su mirada seguía fija en algún punto más allá de él y su voz sonaba un poco más profundo que antes.

Shayne enarcó las cejas con incredulidad.

–¿Insinúas que no resulta agradable?

Lucy Hamilton suspiró y volvió a mirarlo.

–No precisamente agradable, Michael. Creo que la palabra es excitante.

Él tomó otro sorbo y habló en tono de broma:

–Bueno, querida, no me digas ahora que a tu edad...

Ella echó la cabeza para atrás y rió ligeramente pero con un leve dejo de amargura.

–No se trata de ti, Michael. Espera un poco. Me estás confundiendo. Eres tú, por supuesto. Eres una especie de catalizador... eso es lo que estoy tratando de decir. Resulta excitante salir contigo porque siempre ocurren cosas imprevisibles cuando estás en alguna parte. O tal vez deba decir previsibles. –El dejo de amargura apareció con mayor fuerza y en sus ojos se reflejaba preocupación mientras miraba por encima del hombro de él.

Él preguntó con calma:

–¿A qué viene eso, Lucy?

–Simplemente una rubia. –Ella mantuvo el tono de la voz cuidadosamente animado—. Siempre hay una rubia, ¿no es así?

–El mundo está lleno de ellas –convino él.

–Esta parece terriblemente dominante. –La voz de Lucy tembló un poco al desviar la mirada y bajarla hacia su vaso. Llevó el vaso a los labios y bebió el contenido. Luego agregó lentamente:

–Apenas si te ha sacado los ojos de encima, desde que entraron. No mires ahora, pero es la segunda mesa de atrás, a tu derecha. A su esposo tampoco le resulta agradable. Si es su esposo... y debe serlo. No puedo oír lo que está diciendo, pero no es nada bueno, Michael.

Shayne hizo una mueca.

–Creo que estás celosa. ¿Qué puedo hacer yo si mi cabello rojo atrae a las rubias?

–No estoy celosa. Simplemente que no quiero que me estropeen la noche. ¡Demonios! Mejor hubiera sido que hubiéramos ido a cenar a lo de Joe.

–Allá también van rubias.

–Se están peleando, Michael. –La voz de Lucy era baja y había bajado la vista, protegida por sus largas pestañas, por entre las cuales lanzaba breves miradas más allá de él—. Ella está tan *evidentemente* interesada en ti.

Hizo una pausa y luego agregó indecisa: